

LA LUZ

PERIÓDICO COMUNISTA ANÁRQUICO

SUSCRIPCIÓN VOLUNTARIA

Tiene Redactor responsable
Dirección: Casilla del Correo, 305

APARECE CUANDO PUEDE

LA HUMANIDAD LIBRE

Esta es la voz dulce y halagadora que resuena en el oído del proletariado. Dividida la humanidad en dos clases, una que produce con su trabajo y no puede satisfacer sus necesidades, y otra que acapara la producción sin producir nada (al contrario, despilfarras el producto de la clase trabajadora); la primera, el proletario envuelto en la más espantosa miseria levanta con energía su voz desde la pocilga que habita, gritando con fervoroso entusiasmo: *¡abajo la explotación del hombre por el hombre; abajo los tiranos; abajo los gobiernos y todas sus leyes! ¡viva la humanidad libre!*

A este sublime grito del proletario, la clase privilegiada, sintiendo que el pedestal en que está colocada se derrumba, llena de terror exclama: «Pueblo enfurecido, detente, que ya buscamos los medios de aliviarte; tú tienes razón al decir que estás mal y debes luchar por mejorar tus condiciones, pero no traspases la ley, no alteres el orden porque de lo contrario nos veremos en la necesidad de emplear la fuerza contra tí. Respeta las instituciones, el principio de autoridad y *tu mejora vendrá con el tiempo*, de lo contrario te verás envuelto en el cieno de la anarquía que te llevará al caos, haciéndote retroceder á los primeros tiempos de la humanidad ó sea del salvajismo»

Tal es la oración que emplea esa maldita casta burguesa chupadora de sangre proletaria con el objeto de eternizar sus privilegios; pero ya los obreros están cansados de oír esas oraciones mientras su miseria aumenta y se dispone á proceder sin oír más nada.

Desengañados los obreros de que ninguna reforma les aliviará mientras existan esas dos

clases antagónicas, una de productores y otra de vampiros, engendradas por la actual organización social en que vive la humanidad, se disponen no á reformar esa organización, sino á destruirla, y libre el hombre pueda desarrollar libremente sus facultades asociándose por medio de la ley de atracción, que es la única ley justa para la socialización de la especie humana como para las demás especies.

De aquí la gran afirmación que hacemos los anarquistas, cuando decimos que no es una reforma la que necesitamos sino una transformación completa de la sociedad, destruyendo por completo la organización presente, puesto que siendo su base mala, malo tenía que ser cuanto de ella quedara, y lo malo es necesario suprimirlo del todo para que no se desarrolle y nos infeste más adelante.

Así es como hace el agricultor cuando ve una planta improductiva que chupa la savia á otra productiva, arranca aquella de raíz y la quema para que no se reproduzca más, de lo contrario su trabajo sería inútil.

Todos los afectos buenos ó malos tienen su causa; la causa de que la humanidad sufra tiranías y miserias es la organización social en que vive y por eso es necesario demolerla, no reformarla.

«¿Qué diferencia existe entre el proletariado de hoy y el siervo y el esclavo de otras épocas?»

La única diferencia consiste en que el proletariado de hoy puede ir *libremente* á que lo explote cualquier capitalista, mientras que antes no podía salir de los dominios de su señor, pero en cambio este procuraba tener á sus obreros sanos y fuertes porque eran sus intereses, mientras que hoy por el exceso de producción perecen de hambre por todas partes. Por lo demás lo mismo disponen hoy los capitalistas de la vida y de la honra de los trabajadores, que los feudales de la edad media.

¿Qué libertad es la que disfruta hoy el obrero que habita una inmunda pocilga, con toda su prole, que esta le pide pan y no tiene pan para dárselo porque no trabaja, que es hechador del tugurio á la calle porque no puede pagar su alquiler?

Si en medio de su desesperación sale á la calle el padre y toma de un almacén lo que necesita, impulsado por los gritos de sus pobres hijos que le parten el corazón, este padre, este obrero, es perseguido por la injusta autoridad y en nombre de la justicia; á este padre se le encarcela por criminal y se castiga al mismo tiempo á sus pobres hijos, que quedan abandonados en medio de esta maldita sociedad hipócrita y corrompida.

No, no es posible tener consideración de nada ni de nadie, tratándose de demoler esta asquerosa sociedad. La historia de todas las épocas nos enseña el camino que debemos seguir: mientras subsista la causa habrá los mismos efectos.

Siempre ha luchado el hombre por su libertad, siempre ha seguido á aquellos que más le han hablado en nombre de ella; pero si alguna vez triunfó, bien pronto ha visto ocupado el puesto de los tiranos que derribó por aquellos mismos que invocaron su emancipación, convertidos en peores tiranos que los anteriores, y mucho más hipócritas, porque tiranizan en nombre del pueblo tiranizado.

No encumbraremos más tiranos; basta ya de farsas; es la humanidad en masa quien va á disponer de lo que le pertenece.

¡Atrás, falsos redentores, el pueblo no os necesita!

Basta ya de comedias ridículas que avergüenzan á la humanidad, el pueblo trabajador no necesita *gobierno, ni jueces, ni curas, ni redentores*; él se lo va á hacer todo; esta vez no se deja engañar, esta vez no habrá quien lo venda porque no da poderes á nadie; esta vez la justicia se abre paso por en medio de tanta infamia, de tanto *criminal*.

No se podrá engañar más á los trabajadores con frases huecas, prometiéndoles reformas, revisión de leyes y otras cosas por el estilo ya gastadas. Hoy son prometidas todas estas cosas hasta por los gobiernos de Rusia y Alema-

nia, porque ven tambaleando el pedestal sobre que descansan; pero todas esas promesas se sabe que son puros paliativos para engañar á tontos y mantener por más tiempo sus privilegios.

Se ha proclamado la *libertad, igualdad y fraternidad* en 1789 y no se ha llevado á la práctica. Desde los tiempos más remotos que el hombre viene buscando estos grandes hechos y ahora los trabajadores en masa lo van á conseguir.

Entonces no habrá quien en nombre de la *libertad* se presente á ser jefe ó superior porque pagará su fatuidad con su cabeza. No habrá quien en nombre de la *igualdad* venga á establecer ninguna clase de privilegios porque pagará su egoísmo con su vida. Y por último no habrá quien en nombre de la *fraternidad* venga á explotar á otros y tiranizarlos, moral ó materialmente, porque será juzgado por el pueblo como su mayor enemigo.

La humanidad será libre y no permitirá ni jueces, ni códigos, ni presidentes, ni soberanos, ni mandarín de ninguna especie. La humanidad libre, soberana de todo, hará su voluntad y su voluntad será vivir feliz fraternalmente, sin privaciones, entregada á investigar lo desconocido, que es el progreso, y como éste vendrá en bien de todos, todos lo desearán y todos lo buscarán para su propio bien y de la comunidad, que es el verdadero camino para la solidaridad.

Condenadas las guerras fratricidas en la especie humana. muerto el egoísmo, por estar asegurado el bienestar de uno en el bienestar de todos, el hombre podrá desenvolver todas sus facultades libremente y acometerá las más grandes empresas que ni aún hoy sueña con ellas siquiera porque su cerebro se halla atrofiado con tanto cieno como se presenta ante su vista.

Sólo dentro del Comunismo, que representa la solidaridad, y dentro de la Anarquía, que representa la completa libertad, puede el pueblo decir: ahora soy pueblo civilizado, y el hombre dirá: ahora soy verdadero hombre.

CUESTIÓN DE NOMBRE

—Con otra luz, otra estancia,
No en este ambiente viciado,
Con atención, con cuidado
Y otro lecho en que dormir.
Al oírle mis sollozos
Redoblaron con afán,
Que ¡por ser pobres, mi Juan,
Se va nuestra hija á morir!

—Eso jamás mientras viva,—
Dice el padre, hosco el semblante,
Mas casi en el mismo instante
Mira triste en derredor,
Y al ver su horrible miseria
La frente inclina, que ha erguido
Y ahoga al salir un gemido
Doliente, desgarrador.

—¿Buscaste trabajo, Juan?
—Busqué, mas inútilmente,
Que huye afanosa la gente
Del que mira mendigar,
Y en vano, en vano ¡ay de mí!
A todos diciendo he ido:
“No es limosna la que os pido,
Si es que quiero trabajar.

Dadme ocupación honrada
Con la que gane el sustento,
Dadme trabajo que aliento
No me falta, ya lo véis,
Y al recuerdo de los seres
Por quien tan solo me afano
Vuestro producto en mis manos
Multiplicarse veréis.”

“No hay que hacer—dicen los unos
“En el taller sobra gente”
¡Todos igual! lentamente,
Mi esperanza muerta al ver
Siento que mi aliento acaba,
Que es horrible mi agonía
Y...lo estás viendo, María,
Lloro como una mujer.

Mas no—dice en un arranque
De grande y noble fiereza.—
No acaba la lucha, empieza,
Y es preciso terminar;
Corazón alzate fuerte
Que son tus armas las buenas;
Rompe tus férreas cadenas
Y prepárate á luchar.

Grande es el mundo, y en él
Todos iguales nacemos
E igual derecho tenemos
A lo que los campos dan,
¿Por qué pues, hombres derrochan
El oro en impura orgía
Mientras la pobre hija mía
Muere olvidada y sin pan.

¿Y es ley esa que autoriza
Al rico en su desafuero?
Pues respetarla no quiero
Que ha vendido su igualdad.
Quiero pan, no para mí,
Para mi hija agonizante;
¿No me lo das? ¡adelante!
Lo tomaré, sociedad.

Atrás ley que no proteje
Más que al rico que la ciega;
Paso al trabajo que llega,
Cansado de afrentas ya,
Para tomar posesión
De la herencia retenida
Que á todos, en esta vida,
La madre tierra nos da.—

Dice y crispados los puños
Amenazador avanza
Y hacia la puerta se lanza
Con descompuesto ademán.
En tanto, la niña llora,
La madre empieza á gomitir
Y grita al verlo partir:
¡Vas á perderte, mi Juan!

.....

Más tarde, entre el vocerío
Que lanza el pueblo indignado,
Un hombre preso ha cruzado
De la cárcel el diatel.
Es Juan, y al ver su semblante
Marcado por la virtud
Pregunta la multitud
Fijando la vista en él:

—¿Por qué va preso ese hombre?
—Robándole han sorprendido.—
Y en tanto en su encierro erguido
Dice Juan con emoción.
Yo solo intenté salvar
De mi hija la existencia,
Soy honrado en mi conciencia,—
Y el mundo dice: ¡es ladrón!

MISTIFICADORES

Estos periodistas (de tijera se entiende) son muy ocurrentes, y á la verdad que para bufones no tienen precio. No hay más que leer los diarios burgueses y os harán desternillar de risa las siguientes observaciones, que ellos aseguran ser verdad:

«Los anarquistas usan todos la corbata del mismo color.»

Hombre, yo conozco algunos centenares de compañeros, y jamás pude ver dos que tuvieran igual esa prenda; lo que he visto ha sido á muchos no usar ninguna por no tener camisa.

«Los anarquistas son locos.»

Supongamos que un anarquista tiene cuatro ó cinco hijos; que no dispone de más medios de vida que un mísero jornal; que la policía lo prende por ser anarquista; que esa policía lo retrata y lo pasa por la antropométrica; que la policía destierra al compañero, y que la familia de éste queda desamparada; que en otra ocasión está un mes enfermo y empeñó las pocas prendas que tenía para sostener á sus hijos y compañera; que después de todo esto cuando está convaleciente llega el alguacil con el desalojo de la pequeña pieza que habita, y entonces quiero ver si el mismo Job no se volvería loco. Fuera de esos casos, el anarquista tiene un juicio y conciencia que ya quisieran para sí muchos periodistas.

«Los anarquistas son feos.»

Eso no se si lo dirán por mí, porque á la verdad soy más feo que un farol apagado, pero en cambio conozco á muchos que tienen chifladas á las vecinitas solteras (y casadas.)

«Los anarquistas se sortean.»

Esta es otra: yo recuerdo haber entrado dos veces en sorteo; la primera cuando entré de recluta allá en el pueblo donde nací, y tuve tanta suerte que de sesenta y cinco mozos que entramos en suerte (todavía no pude averiguar nunca la suerte del recluta me tocó el número 9, como si dijéramos la gorda. La segunda vez que me sortearon fué cuando los oficiales de la fragata «Blanca» se sublevaron en Mallorca, y diezmaron la tripulación para mandar á los que les tocara la suerte...a presidio.

Aquí también me tocó la gorda.

«Los anarquistas siempre andan á pie.»

Seguramente, como la mayor parte somos pobres nada tiene de particular; pero bien tonto debe ser el anarquista que teniendo dos vintenes se va caminando desde la estación del tranvía de la Unión hasta la Aduana.

Y si á un anarquista se le antojara hacer un viaje á Europa ó vice-versa ¿por dónde iría caminando?

Sólo conozco uno que caminó por encima de las aguas, Jesucristo (según dicen los curas.)

«Los anarquistas usan las medias del revés.»

Eso es cierto, al menos á mí me tiene sucedido que por no tener más que un par, las he cambiado para hacer la parada.

«Los anarquistas se cortan las uñas en martes.»

Jamás me fijé yo en el día que me corto las uñas, pero al menos los periodistas confiesan que nos las cortamos. No pueden decir de ellos otro tanto, ni de los gobernantes, médicos, abogados, fabricantes, y otros que las conservan bien largas.

Ahora díganme mis lectores si los periodistas no son muy graciosos, muy embusteros y muy asalariados.

XX

Te amo, pero...

No miento, no, al decir que te amo, que son tus ojos para mí el más sublime y claro espejo en que me miro; que tu voz es la música más melodiosa que ha sonado en mi oído; que tu aliento es el aroma más deleitoso y embriagador que he sentido en toda mi vida; que tu imagen para mí divina, la veo hasta en sueños y la tengo grabada en el fondo de mi corazón; que tus recuerdos están pegados á mi pensamiento; en fin... mi vida depende de la tuya... Nada me distrae, nada aparta tu imagen de mi mente, sin embargo se que es imposible este amor, se que jamás podré ser correspondido, aún cuando tú me amaras, aún cuando tú sintieras por mí las mismas penas y tu corazón latiera al compás del mío. Un abismo nos separa...

¡Acostumbrada tú al lujo y las comodidades, á lucir, a verte adulada, agasajada y á satisfacer tus más insignificantes caprichos ¿qué podré yo mísero jornalero ofrecerte cuando nada poseo? ¿Que podré poner á tu disposición si nada es mío? Un simple cambio de palabras con el capataz me reduciría á la miseria! ¡Oh sí, imposible, imposible que pueda realizar mi ideal, que pueda poseer tu amor, si la avalancha revolucionaria no llega á tiempo, derrumbando castas, clases y capitales. Llegado ese día, no habiendo capital que enaitezca, siendo común la propiedad, entonces ¡oh dicha la mía! podré ofrecerte mi corazón seguro de que orgullosa aceptarás por esposo á un productor.

¡Oh sí, sólo entonces podré unirme contigo convencido de que no te haré desgraciada, que te lisonjearás de tenerme por esposo, porque en el estado actual en que vivimos ¿de qué valdría el heroico sacrificio que puedes tú hacer? De qué serviría que impulsada por tu amor hacia mí renunciaras al lujo y grandeza á que estás acostumbrada, si luego muy pronto: tal vez, antes que tú lo quisieras te verías hastiada de penas, el rudo trabajo á que necesariamente tendrías que dedicarte concluiría por hacerme odioso á tus ojos, culpándome de tu desgracia?

No; no acepto ese sacrificio de tu parte; por mucho que te ame, por mucho que anhele poseerte, ahogaré, mataré si es necesario este amor, antes que verme odiado por tí. Sí, tendría que verlo, porque por más que sacrificara mi cuerpo trabajando quince ó más horas diarias apenas si tendría para satisfacer tus más exiguas necesidades, mientras que, si reinara la *anarquía*, si solo productores libres poblaran la tierra, sin sacrificio alguno pondría á tu disposición no sólo mi amor y todo cuanto necesario fuese para tu felicidad, sino que, libres para amarnos, jamás la inseguridad de mañana turbaría nuestra dicha. Mas hoy que sólo reina el capital, que sólo una posición *elevada* (alcanzada no importa por qué medios) podría ser á los ojos de tus padres y parientes un buen partido para tí, hoy que sólo se mira la renta y no las prendas personales de un individuo, me

veo obligado á sufrir las penas de un amor imposible.

No te culpo á tí, ama mía, no, porque aún sobreponiendo tu amor á las comodidades, aunque renunciaras á todo lo bello que te rodea para unirme á mí, tendríais también que soportar las ironías y desprecios de los que por preocupación ó mala fe no creen en un amor verdadero y verían en este acto de dignidad un oprobio y ridiculez para los de su clase; por todo esto, que creo reconocerás como lógicas verdades, es por lo que me alejo de tí contristado el corazón y el alma llena de amargura, que gota á gota iré vertiendo sobre el corazón de los que sufriendo como yo halle á mi paso. Resignado y con fe en el porvenir marcharé hacia adelante, hasta que llegue el momento de que los oprimidos y mártires del capital como un solo hombre pasen á la conquista de sus verdaderos derechos, tomando posesión de lo que por ley natural les pertenece.

Loic.

LA EXPROPIACIÓN

De la "Conquista del Pav"

Se cuenta que en 1848, Rothschild, viéndose amenazado en su fortuna por la revolución, inventó la farsa siguiente:—"Yo quiero admitir, decía, que mi fortuna sea adquirida á costa de los demás. Pero repartida entre tantos millones de europeos, tocaría dos pesetas á cada persona. ¡Pues bien! Yo me comprometo á restituir á cada uno sus dos pesetas si me las piden".

Dicho esto, y debidamente publicado, nuestro millonario se paseaba tranquilamente por las calles de Francfort. Tres ó cuatro transeuntes le pidieron sus dos pesetas, él las entregó con una sonrisa sarcástica, y quedó hecha la jugareta. La familia del millonario está aún en posesión de sus tesoros.

Poco más ó menos así razonan las fuertes cabezas de la burguesía cuando nos dicen: "¡Ah, la expropiación! ya caigo en ello: Quiten Vds. los gabanes de todos, los ponen en montón, y que cada cual se lleve uno salvo de pelearse por el mejor".

Es una biroma del mal genio. No se trata de tirar los gabanes en el montón para distribuirlos después, y aún en ello encontrarían alguna ventaja los que tiritan de frío. Tampoco se trata de repartir las dos pesetas de Rothschild.

De lo que se trata es de organizarnos de modo que cada ser humano al venir al mundo esté asegurado desde luego, de aprender un trabajo productivo y adquirir la costumbre en él, y des-

pués poder hacer este trabajo sin pedir permiso al propietario ó al patrón y sin pagar á los acapadores de la tierra y de las máquinas la parte del León sobre todo lo que él produzca.

En cuanto á las riquezas de toda naturaleza retenidas por los Rotschild ó los Vanderbilt ellas no servirán para organizar mejor nuestras producciones en común.

El día en que el trabajador del campo pueda trabajar la tierra sin pagar la mitad de lo que produce; el día en que las máquinas necesarias para preparar el suelo para las grandes cosechas estén profusamente á la libre producción para la comunidad y no el monopolio, los trabajadores ya no andarán harapientos y no habrá más Rothschilds ni otros explotadores.

Ya nadie tendrá necesidad de vender su fuerza de trabajo por un salario; no representará más que una parte de lo que él ha producido.

“Conforme, se nos dirá: Pero ¿os llegarán los Rothschild del exterior. ¿Podréis impedir que un individuo que haya amontonado millones en China venga á vosotros, que se rodee de servidores y de trabajadores asalariados, que los emplee y se enriquezca á costa de ellos?”

“Vosotros no podéis hacer la Revolución sobre la tierra á la vez ó bien giréis á establecer aduanas en nuestras fronteras para registrar á los que llegan y tomarles el oro que traigan? ¿Gendarmes anarquistas haciendo fuego contra los pasajeros, sería hermoso de ver!”

Pues bien; en el fondo de este razonamiento hay un error muy grande. Es que nadie se ha preguntado jamás de donde proceden las fortunas de los ricos. Un poco más de reflexión bastaría para demostrar que el origen de estas fortunas está en la miseria de los pobres.

Donde no habrá miserables, no habrá ricos para explotarlos. Fijacs un poco en la Edad Media en que las grandes fortunas empiezan á surgir.

Un barón feudal se ha apoderado de un fértil valle. Pero en tanto que esta campiña no esté poblada, nuestro barón nada tiene de rico. Su tierra no le dá ningún rendimiento: tanto valdría poseer bienes en la Luna. ¿Qué hará nuestro barón para enriquecerse? ¿Buscar labradores!

Sin embargo, si cada agricultor tuviese un pedazo de tierra libre de gravamen ¿quién iría á cultivar las tierras del barón? Cada uno se quedaría en las suyas. Pero hay poblaciones enteras de miserables.

Unos han sido arruinados por las guerras, otros por las sequías, por la peste; no tienen ni caballo ni arado. (El hierro era costoso en la Edad Media; más costoso aún el caballo para la labor).

Todos los miserables buscan á mejorar sus condiciones. Un día ven en el camino en el límite de las tierras de nuestro barón un poste indicando por ciertos signos comprensibles que el labrador que se instale en estas tierras recibirá con el suelo instrumentos y materiales para edificar su choza y sembrar su campo sin pagar censo durante cierto número de años. Ese número de años está marcado por el mismo número de cruces en el poste-frontera, y el labrador comprende lo que significa estas cruces.

Entonces, los miserables afluyen á las tierras del barón, trazan caminos, desecan los pantanos, levantan aldeas. A los nueve años, el barón les impondrá un arrendamiento, les cobrará censos, cinco años más tarde les cobrará tributos que duplicará enseguida y el labrador aceptará estas nuevas condiciones, porque en otras partes no las encontrará mejores. Y poco á poco con la ayuda de la ley hecha por los letrados, la miseria del campesino se convierte en manantial de riqueza para el señor, y no sólo para el señor, sino para toda una nube de usureros que descargan sobre las aldeas y que se multiplican tanto más cuanto mayor es el empobrecimiento del labriego.

Esto pasaba en la Edad Media. Y hoy en día; ¿no sucede aún la misma cosa? Si hubiese tierra libre que el labrador pudiese cultivar á su voluntad, iría á pagar mil francos por hectárea al señor Vizconde, que se digna venderle un pedazo?

¿Iría á pagar un arriendo oneroso que le quita el tercio de lo que produce? ¿Iría á hacerse colono, para entregar la mitad de su cosecha al propietario?

Pero como él no tiene nada, aceptará todas las condiciones, con que pueda vivir cultivando el suelo, y enriquecerá al señor.

En pleno siglo XIX, como en la Edad Media, es aún la pobreza del labrador lo que hace las riquezas de los propietarios de tierras.

II

El propietario del suelo se enriquece con la miseria de los labradores. Lo mismo sucede con el empresario industrial.

He aquí un burgués, quien de una manera ó de otra, se encuentra poseedor de un tesoro de quinientos mil francos. Puede ciertamente gastar su dinero á razón de cincuenta mil francos al año.—muy poca cosa en el fondo, dado el lujo fantástico é insensato, que vemos en nuestros días. Pero entonces, no le quedará nada á los diez años. Así, pues, como hombre *práctico* prefiere guardar su fortuna intacta y hacerse además una pequeña renta anual.

Es muy sencillo en nuestra sociedad, precisamente porque nuestras ciudades y villorios están atestados de trabajadores que no tienen con que vivir un mes, ni siquiera ocho días. Nuestro burgués monta una fábrica: los banqueros se apresurarán á prestarle aún quinientos mil francos; sobre todo si se tiene la reputación de ser hombre sagaz, y con su millón podrá hacer trabajar quinientos obreros.

Si no hubiesen en los alrededores más que hombres y mujeres cuya existencia fuese garantida ¿quién iría á trabajar con nuestro burgués? Nadie consentiría en fabricarle por un salario de tres francos diarios, mercancías por valor de cinco á diez francos.

Desgraciadamente—demasiado lo sabemos—, los barrios pobres de la ciudad y los pueblos vecinos están llenos de gentes cuyos hijos bailan delante de la mesa vacía. Así es, que la fábrica no bien se abre, que los trabajadores acuden para contratarse. No se precisan más que cien y se presentan mil. Y en cuento la fábrica funciona, el patrón—si no es el último de los im-

béciles—se embaula un millar de francos anuales limpio de polvo y paja, por cada par de brazos que trabajan en su casa.

Nuestro patrón se creará así una hermosa renta. Si ha escogido una rama de industria lucrativa y si es hábil, engrandecerá poco á poco su fábrica y aumentará sus rentas duplicando el número de hombres á quienes explota.

Entonces pasará por ser un personaje notable en la comarca. Podrá pagar almuerzos á otros notables, á los consejeros, al señor diputado. Podrá casar su fortuna con otra fortuna y más tarde, colocar ventajosamente sus hijos para obtener alguna concesión del Estado. Se le pedirá algún abastecimiento para el ejército ó para la prefectura, y redondeará siempre su tesoro hasta tanto que una guerra y aún simplemente un rumor de guerra, ó una especulación en la Bolsa, le permite dar un gran golpe.

Las nueve décimas partes de las fortunas colosales de los Estados Unidos (Henry Georges lo ha bien relatado en sus *Problemas Sociales*) son debidas á alguna gran bribonada hecha con la complicidad del Estado. En Europa las nueve décimas partes de las fortunas en nuestras monarquías y en nuestras repúblicas, tienen el mismo origen: No hay otro procedimiento para llegar á ser millonario.

Toda la ciencia de las riquezas está en eso; encontrar haraposos, pagarles tres francos, y hacerles producir diez; amontonar así una fortuna y acrecentarla luego por algún gran golpe dado con la ayuda del Estado.

No merece hablar de las pequeñas fortunas atribuídas por los economistas al ahorro, pues el ahorro por sí mismo no *renta* nada, cuando los céntimos *ahorrados* no son empleados en explotar á los hambrientos.

Supongamos á un zapatero. Admitamos que su trabajo sea bien retribuido, que tenga una buena clientela y que á fuerza de privaciones haya conseguido poner de lado dos francos por día, ¡cincuenta francos por mes!

Admitamos que nuestro zapatero no esté jamás enfermo, que coma según su apetito, á pesar de su afán por el ahorro, que no se case, ó que no tenga hijos, que no muera tísico, ¡admitamos todo lo que queráis!

Pues bien, á la edad de cincuenta años no habrá puesto de lado ni quince mil francos, y no tendrá con que vivir durante su vejez, cuando será incapaz de trabajar. Por cierto no es así como se forman las fortunas.

Pero supongamos otro zapatero. Desde que habrá reunido algunos francos, los llevará á la Caja de Ahorros, y ésta los prestará al burgués que está montando una explotación de hombres andrajosos. Después, el zapatero tomará un aprendiz,—el hijo de un miserable que se estimará feliz si, al cabo de cinco años, su hijo aprende el oficio y consigue ganarse la vida.

El aprendiz *durá un rendimiento* á nuestro zapatero, y si éste tiene clientela, se apresurará á tomar un segundo, y luego un tercer discípulo. Más tarde, tendrá dos ó tres obreros,—pobres necesitados, que se crearán felices cobrando tres francos diarios por un trabajo que vale seis.

Y si nuestro zapatero *tiene suerte* es decir, si es bastante pillastre, sus colegas y sus aprendices le darán un beneficio de veinte francos por día, además de su propio trabajo. El podrá ensanchar su empresa, se enriquecerá poco á poco y no tendrá necesidad de privarse de lo estrictamente necesario. Dejará á su hijo una fortunita.

He aquí lo que llaman *ahorros*, tener costumbres de sobriedad. En el fondo, es sencillamente explotar á los necesitados.

El comercio parece hacer excepción á la regla "Tal hombre—se nos dirá—compra té en China, lo importa en Francia y realiza un beneficio de treinta por ciento sobre su dinero. No ha explotado á nadie."

Y sin embargo el caso es análogo. Si nuestro hombre hubiese transportado el té sobre sus espaldas, ¡enhorabuena! Antaño, en los orígenes de la Edad Media, precisamente de esa manera se hacía el comercio. Por eso tampoco se alcanzan esos sorprendentes fortunas de nuestros días: apenas si el comerciante de entonces ponía de lado algunos escudos después de un viaje penoso y sembrado de peligros. No era tanta la sed de ganancia, como el gusto de los viajes y de las aventuras que le impulsaban á comerciar.

En nuestros días, el método es más simple. El comerciante que posee un capital no tiene necesidad de moverse de su mostrador para enriquecerse. Telegrafía á un comisionista la orden de comprar cien toneladas de té; fleta un buque, y en pocas semanas,—en tres meses si es de vela,—el buque le habrá traído su carga. Ni siquiera corre los riesgos de la travesía, puesto que su té y su buque están asegurados. Y si ha desembolsado cien francos, cobrará ciento treinta mil,—á menos que haya querido especular en alguna mercancía nueva, en cuyo caso se expone á duplicar su fortuna, ó á perderla completamente.

Pero ¿cómo ha podido encontrar hombres que se hayan decidido á emprender la travesía, ir á la China y volver, trabajar duramente, soportar fatigas, arriesgar su vida por un mesquino salario? ¿Cómo ha podido encontrar en los docks cargadores y descargadores, á quienes pagaban lo preciso para no dejarlos morir de hambre mientras trabajaban? ¿Cómo? ¿Porque ellos están en la miseria! Id á un puerto de mar, visitad los cafetuchos de la playa, observad estos hombres que vienen á encontrarse, peleándose en las puertas de los docks que sitúan desde el amanecer para que se les emplee en los buques. Ved esos marineros, felices de ser contratados para un viaje lejano, después de semanas y meses de espera: toda su vida la ha pasado de buque en buque y aún subirán todavía en otros, hasta que perezcan un día entre las olas.

Entrad en sus chozas, considerad estas mujeres y estos niños haraposos, que viven no se saben cómo esperando la vuelta del padre—y tendréis también la respuesta.

Multiplicad los ejemplos, escogedlos donde mejor os parezca: medítad sobre el origen de todas las fortunas, grandes ó pequeñas, que proceden del comercio de la banca de la industria ó del suelo. En todas partes constataréis que la riqueza

za de los unos se ha hecho por la miseria de los otros. Una sociedad anarquista no tiene que temer al Rothschild desconocido que fuera de golpe á establecerse en su seno.

Si cada miembro de la comunidad sabe que después de algunas horas de trabajo productivo tendrá derecho á todos los placeres que proporciona la civilización, á los gozos producidos por la ciencia y el arte dan á quienes lo cultivan, no irá á vender su fuerza de trabajo por una flaca pitanza, nadie se ofrecerá para enriquecer al susodicho Rothschild en cuestión. Sus escudos serán piezas de metal, útiles para diversos usos, pero incapaces de producirle crias.

Contestando á la objeción precedente, vamos al mismo tiempo á determinar los límites de la expropiación.

La expropiación debe hacerse sobre todo lo que—permite sea á quien fuere—de apropiarse del trabajo de otro. La fórmula es simple y comprensible.

No queremos despojar á nadie de su gabán, pero queremos devolver á los trabajadores todo lo que permite á no importa quién de explotarlos, y haremos todos los esfuerzos para que á nadie le falte nada, que no haya *un solo hombre* que *forzosamente* tenga que vender sus brazos para existir, él y sus hijos.

He aquí cómo entendemos la expropiación y nuestro deber durante la Revolución, de la que esperamos la llegada—no dentro de doscientos años—sinó en un porvenir *próximo*.

Continuará

El jueves último ha dejado de existir nuestro querido compañero Pedro Fernandez.

Su muerte ha sido profundamente sentida por todos los que lo conocían.

Para él todas las ocasiones y todas las circunstancias eran propicias para hacer propaganda en pro de nuestra causa: vivía completamente consagrado á ella. En cuantas reuniones obreras se celebraban, allí estaba Fernandez repartiendo periódicos y folletos.

Creyendo que aún durante las ridículas fiestas del carnaval se podría hacer propaganda, organizó una comparsa con el título de "Proletarios y Burgueses", cuyas canciones eran una protesta contra la explotación burguesa.

El martes, cuando iban recorriendo en unos carros la calle del Guaraní, Fernandez tuvo la desgracia de caer al suelo, siendo apretado por la rueda de uno de ellos.

Todavía pudo levantarse y gritar ¡Viva la Anarquía! En seguida cayó desmayado y fué conducido al Hospital Inglés, donde falleció.

Fué velado en casa de su familia, y á su entierro asistió gran número de compañeros.

Deja Fernandez en la mayor miseria á su compañera y cuatro hijos pequeños.

Publicamos como anexo la lista de suscripción que se ha abierto para prestar socorros á éstos.

Fallecimiento—Ha dejado de existir el 12 del presente mes, nuestro compañero y propagandista Rafael Navarro, en la República Argentina.

Perdió la anarquía uno de sus fieles y servidores á las ideas anárquicas.

En el último párrafo del artículo *De nada ser mucho* del número 2 de "LA LUZ" han ido algunos errores.—Debe decir así.

"No juzgamos por lo tanto, no condenamos á nadie, porque creemos que todas las doctrinas socialistas ó comunistas tienen su razón de ser. Combatimos á la burguesía como un vivo anacronismo y desaprobamos de las escuelas sociales el principio autoritario de ellas, los hechos violentos de otras, y la intolerancia de todas entre ellas."

LISTA DE SUSCRIPCION

Cataplúm 0.10. Chin, Chin 0.10. Cualquier cosa 0.10. Me gusta la idea 0.04. L. Moglia 0.04. N. B. 0.30. Una que antes de morir quiere ver la igualdad 0.40. Un palermista 0.10. Un candidato 0.10. Quiero ver La Luz 0.20. Un oriental decidido 0.20. Mas 0.20. Acrata 0.10. Strogoff 0.06. Marcus 0.30. Una hormigueta Anarquista 0.20. Pi Margall 0.10. Un albañil Alva 0.30. Viva la Revolución Social 0.40. Como quiera 0.10. Yo quiero ajustar tripas de burgueses 0.10. Uno que desea el bien 0.10. Reclus 0.30. Acrata 0.10. Un amigo de la causa 0.20. L. B. 0.20. Rincón de las gallinas 0.20. A todo gusto 0.50. Maestrini 0.20. Dos vintenes 0.04. Un sans culottes 0.20. Un voluntario á Cuba con los de Montevideo 0.20. Uno que aprueba la idea 0.10. Un herrero de Fuerto Reá 0.20. Un anónimo 0.30. Victor Hugo 0.20. Un marchelin del gas 0.10. Un aparecido 0.20. Un (no se recuerda lo demás) 0.10. Un monaguillo 0.10. Un contrario de Martinez Campos 0.20. Mueran todos los curas 0.10. El papa de Roma 0.20. Uno que espera 0.10. Un Biciclista 0.30. El momento oportuno 0.10. Un inglés que volteó al fiato L. 0.10. El fiato que cayó 0.10. Chato 0.10. Un sabio ladrón 0.10. Champión 0.20. Un herrero que quiere machacar burgueses 0.10. Pepe 0.20. Perico 0.20. Nato capianga 0.10. Juan Chola 0.10. Un oriental que maldice el patriotismo 0.20. Un cupecinado 0.10. Un anarquista más 0.40. Picipicho 0.10. Un falminante 0.04. Tierra mosca 0.20. Un vidrio 0.04. Un desgraciado 0.04. Un padre de muchos hijos 0.10. De los doce 0.04. Comunismo anti-doctrinario 0.10.

En la reunión del 26 de Enero 0.58.

Un perdido 0.10. La patria de los anarquistas es el Universo 0.20. Un vidrio 0.12. Sin patria 0.06. Un maquinista Ysorrari 0.10. Salud 0.10. Un ciudadano Universal 0.04. Deseo esas ideas anárquicas 0.04. L. Moglia 0.04. Barbeta 0.20. Mora 0.04. Mosca fiera 0.20. Ninguno vá á la guerra 0.04. Un tuerto anarquista 0.10. Marquez 0.08. Adelante siempre. 0.10. Un obrero 0.02.

En la reunión de el 6 de Enero 0.18.

Total: \$ 13.38.

Gastos de correo	\$ 0.92
Impresión de 1000 ejemplares.	" 12.00
Déficit del numero anterior.	" 5.41
Total de gastos	\$ 18.33
Déficit \$ 4.95	